

NO NACÍ, ME HICE CREYENTE: HISTORIA DE UNA CONVERSIÓN

PRESENTACIÓN DE LA AUTORA

Frida Varinia Ramos Koprivitz. Nace el 21 de marzo de 1960 en la ciudad de México, hija de Milena Koprivitz, mujer fuera de lo común, estudiosa y amorosa, maestra e historiadora del arte, y de Raymundo Ramos, escritor, profesor y sobre todo poeta. Estudia Literatura Latinoamericana en la UIA, universidad jesuita, y se especializa en cuento fantástico mexicano, libro que publica Alfredo Castro, su editor y con quien contrae nupcias; tienen dos hijos, Milán e Isis. Forma parte de la Sociedad de Escritores de Morelos y del Seminario de Cultura, corresponsalía Cuernavaca. Pertenece al grupo Mujeres Poetas en el País de las Nubes. Ha sido incluida en varias antologías, entre otras, *Asamblea de poetas jóvenes* de Gabriel Said y *Diccionario biobibliográfico de Escritores Mexicanos* del INBA. Han traducido sus textos al inglés, al italiano y al checo. Ha publicado más de quince libros. Ha sido funcionaria pública, editora, promotora cultural y catedrática en instituciones educativas y culturales. Recibió el reconocimiento Poesía Joven del CREA, 1986; menciones honoríficas de la Federación Nacional de Mujeres Periodistas en 1993; Certamen Juana Santacruz, del Ateneo Español de México, 1992; Premio Nacional de Poesía Ignacio M. Altamirano, gobierno de Guerrero, 2005; Premio Nacional de Poesía de los XLVI Juegos Florales Juana Meléndez, de la UASLP, 2007. Actualmente es doctorante de filosofía del CIDHEM y catedrática de la UAEM.

No nací, me hice creyente: historia de una conversión.

Este texto pretende dar respuesta a la necesidad espiritual de ser creyente. En primer lugar hablo de mi condición como mujer fuera de la religión católica, ya que por motivos familiares no tuve una educación religiosa. A partir de este primer planteamiento, me cuestiono por qué no soy católica y elaboro una introducción a partir de un fragmento del poema de mi padre y, finalmente, sigo la línea que él mismo me marcó: hay quienes parten de la idea de Dios como una certeza en su vida y por eso poseen una fe inicial; y hay quienes, al no tener esa certidumbre, buscan a Dios como punto de llegada.

Es así como me permito iniciar un viaje de búsqueda espiritual muy personal, que relato en este texto: la búsqueda, la llamada, el encuentro, la confesión y el milagro.

Gracias a esta gran necesidad de encontrar un acicate espiritual, paralelamente a mi formación intelectual, pude descubrir que mi vocación literaria no era únicamente un oficio sino una misión, y encontré en la palabra, en la poesía, una especie de don que me ha permitido conocerme a mí misma y experimentar una verdadera conversión.

El reto que implicó realizar este ensayo me llevó a organizar no sólo un trabajo literario, sino una ruta crítica, para dar sentido y rumbo a mi fe, y me permitió aceptarme, pero, sobre todo y lo más importante, reconciliarme con mi propia historia de vida.

**NO NACÍ, ME HICE CREYENTE:
HISTORIA DE UNA CONVERSIÓN**

Frida Varinia Ramos Koprivitza

Que crea yo en Dios, de importancia carece...
lo importante, de veras, es que Dios en mí crea...

Raymundo Ramos

La clave de todo quizá la tenga mi abuela materna, sobre todo porque estuvo muy cerca de mí durante mis años de adolescencia, cuando empecé a observar las diferencias que teníamos en casa con el resto del mundo, cuando me cuestioné acerca de un sinnúmero de detalles que, sin duda, nos hacía una familia diferente o singular. Supongo que todas lo son, pero me refiero a aquello que tiene que ver con los usos y costumbres y, en particular, con las creencias religiosas, que más tarde mi abuela Carmen me explicaría un poco.

Lo primero que recuerdo fue una vez que hubo un temblor. Estábamos, para variar, con unos vecinos, en casa de mi amiga Etna. De pronto, sin darme cuenta, las personas se habían concentrado en el garaje y, como en automático, se hincaron y comenzaron a rezar, haciendo que la escena me sorprendiera más que el propio temblor. ¿Por qué rezaban? ¿A quién? Me fui a mi casa con esa duda. Tendría unos seis o siete años.

En otra oportunidad se acercaba la Navidad. Nosotros no hacíamos nada, únicamente íbamos a la casa de unos amigos de mis padres, quienes tenían todo decorado con el tema, no

había un solo espacio que no tuviera la presencia navideña. En esos primeros años de infancia realmente no sentíamos la diferencia, pero cuando inicié la primaria, entramos a un sistema educativo llamado “activo”. Una escuela maravillosa que, a ojos de los demás, no lo era tanto, pues otra de nuestras vecinas, cuando jugábamos con su hija, nos decía reiteradamente: “Claro, como ustedes van a una escuela que les permite hacer lo que quieran, en donde no creen en Dios, claro que no tienen límites, nadie les puede decir nada”. Yo no entendía realmente a qué se refería, pero desde ese momento registré la palabra “Dios”.

El problema se complicaba cuando cada año volvía el asunto ese de la Navidad. A mi amiguita Ana, la vecina de al lado, en esa fechas le daban muchos juguetes y regalos, las muñecas más caras y de moda, ¿por qué si no era su cumpleaños? Sólo era Navidad. Tal vez se nos hacía difícil de entender porque nadie nos explicaba bien a bien qué pasaba en esos días de fiesta colectiva.

Cierta vez, mi padre viajó a Alemania, y a su regreso nos trajo, a mi hermana y a mí, unas preciosas muñecas de cabellera rubia y sedosa. Como yo era la mayor, antes de que mi hermanita se pudiera dar cuenta, las guardé muy bien. Esto sucedió en octubre, y no fue sino hasta el 25 de diciembre, cuando todos los niños presumían sus obsequios, cuando saqué las famosas muñecas y las hice pasar como regalos de Navidad. Desde entonces empecé a tratar de parecerme a los demás, de ser como los que nos rodeaban, de compartir sus hábitos y sentir una sensación de pertenencia social.

Cuando ya tenía como nueve años, mi madre me dijo que no festejábamos en esas fechas el nacimiento de Jesús porque no éramos creyentes, luego entonces no éramos católicos, y por esa razón no poníamos árbol de Navidad y mucho menos poníamos un nacimiento con los Reyes Magos. De todos

modos, al siguiente año corté una vara suficientemente nutrida de nuestro jardín, la metí a la sala y la decoré como pude. Mi abuela Carmen me dijo que en Yugoslavia, de donde era mi abuelo, tenían esa costumbre de decorar, no con un pino tradicional sino con una pequeña y modesta rama. Seguí sin entender sobre el tema.

Mucho tiempo después, y sin afán de juzgar a mis padres, entendí que ese abuelo eslavo había educado a mi madre sin una religión específica, y al casarse con mi padre, ambos decidieron ser ateos, ligado esto a su convicción socialista de aquellos emblemáticos años de la década de 1960.

Mi atracción por las figuras religiosas, por los santos, por los instrumentos que —ahora sé—, son parte de la liturgia y el aire misterioso que se respira en los templos desde siempre, han causado en mí un efecto especial. A las iglesias íbamos muy seguido, no a misa, por supuesto, sino a visitarlas como lugares de arte, lugares culturales e históricos. A mis padres le daba por viajar cada fin de semana a distintas partes de la República mexicana. De pueblo en pueblo, viendo iglesias coloniales, pirámides y construcciones prehispánicas, mercados y demás expresiones populares.

Cuando entrábamos a una iglesia, sentía una magia singular. Por aquella época todavía se usaba que las mujeres y las niñas se cubrieran la cabeza con alguna mantilla en señal de respeto, eso me gustaba; otras veces mi hermana y yo entrábamos vestidas de pantalón corto y nos “miraban feo”, mientras mi madre observaba encantada con lujo de detalle los retablos, las pilas bautismales, los cuadros pintados al óleo, así como mi padre iba dejando constancia de todo fotografiándolo.

Entonces, para mí, de alguna manera la palabra *arte* y la palabra *religión* respondían a un sólo aprendizaje, que en aquel entonces estaba muy lejos de la doctrina y de su

fuerza moral. Ahora, al pensar en estos pasajes de mi vida, voy armando una especie de rompecabezas donde las piezas van encajando poco a poco, con un cuidado y un esmero que no sé si pueda explicar. Sobre todo, quiero explicarme a mí misma por qué soy como soy.

Las cosas que tenían que ver con las creencias las observaba con lupa, así me di cuenta de que las personas, al pasar frente a algún templo católico, o simplemente al entrar a una catedral o santuario, o ante alguna imagen o la del propio Cristo, se santiguaban, y esto se me grabó como una especie de obsesión.

Recuerdo que mi abuela Carmen me ponía agua bendita y que, a pesar de que ella misma trató de trascender las prácticas rituales de la Iglesia católica, me acercaba a estas formas que, cuando se es joven, marcan aún más. Carmen estudió el pensamiento metafísico y me acompañó en esa adolescencia a la que me referí antes, en mi búsqueda personal. A mí me fascinaba ver los retablos dorados como esa posible lección de los evangelios que, a través de un relieve, te van explicando las cosas. Me gustaba también ver, en las portadas de los conjuntos arquitectónicos, las esculturas trabajadas en cantera rosa.

Y haciendo una pequeña analogía, también piqué piedra al buscar no nada más en la religión católica; indagué en la filosofía del Corán, en el budismo zen, en las religiones orientales, en la mahometana, en la cosmovisión prehispánica. Toqué tantas puertas como pude, fui a la Gran Fraternidad Universal y a todos los lugares donde podría apagar esta sed tan grande, hasta que mi vida dio un giro de 180 grados, pues en plena juventud encontré en la escritura una forma de expresar mi gran deseo por lo que, hoy llamaría "vitalismo", es decir, ser positiva y reflejar aquello que nos da fuerza y promueve la energía del ser humano. De ahí salté claramente

al erotismo, pensando que ahí podría realizar un homenaje a la naturaleza, que desde la lectura de Walt Whitman me llevaría, sin lugar a dudas, a una especie de panteísmo, como lo expresa este fragmento:

Aquí está la idea, aquí está todo envuelto en esta pequeña esfera
mística;
de estos ojos burilados, que te arrojan sus destellos para que lo
trasmitas a las edades futuras,
para que lo lances y lo hagas girar oblicuamente a través del
espacio,
de ellos emana, para ti, quienquiera que seas, una mirada.¹

Pero no fue nada fácil. Bien dicen que el que no conoce a Dios, dondequiera se anda hincando. Así, aun teniendo el privilegio de la palabra, además de haber estudiado y caminado de la mano del “conocer”, caí muchas veces y cometí errores, tuve desatinos y tristezas hasta llegar a identificar lo que el mismo Whitman dice: “La fe es el antiséptico del alma”.

¿Cómo superar entonces mi falta de fe? ¿Cómo creer si toda mi formación estaba anclada en lo más profundo del racionalismo, del pensamiento lógico e intelectual? Tuve que dejar atrás ese afán del escritor ególatra que utiliza el don que tiene para vanagloriarse, y descubrir —como en una revelación— la verdadera experiencia de lo sagrado, encontrar no en algo o en alguien aquello que emana del corazón, sino aquello que esconde el silencio, como dice María Zambrano, o como afirma con mayor exactitud Octavio Paz: “Abrir nuestro corazón o nuestras entrañas para que brote ese ‘otro’ escondido. La revelación, en el sentido de un don o gracia que viene del exterior, se transforma en un abrirse

¹ Walt Whitman, *Hojas de hierba*, México, Novaro, 1979, p. 517.

del hombre en sí mismo [...] Dios yace oculto en el corazón del hombre".²

Sentía que mucho de ese racionalismo y de esa constante búsqueda de la verdad científica se la debía a la formación de mi padre, sin darme cuenta de que ambos estábamos en la misma búsqueda, que habíamos llegado a la literatura por razones distintas, pero cuando leí su poema, una vez más las piezas del rompecabezas volvieron a acomodarse:

PRUEBA DE DIOS

Que crea yo en Dios, de importancia carece,
soy un átomo feble, errante en la deriva,
y en escribir al mundo toda mi ciencia estriba
con mi pluma de caña, que sangra y obedece.

Lo importante, de veras, es que Dios en mí crea
y se amerite en cosa tan pobre y sin sentido;
que sus ojos Él ponga en ser tan carcomido,
por la lepra del mundo; esa es la sola idea.
Que exista o que no exista, no es algo de cuidado,
porque si existe debe, como padre afligido,
recibir al idiota que se le había ausentado.

Mas si el Padre no existe, nada se ha perdido.
¿Quién es, en todo caso, quien ha de ser probado?
¿El que todo lo puede? ¿O al que nada le es sido?³

Como no era suficiente la lectura reiterada de este hermoso soneto, mi padre Raymundo Ramos hizo una antología,

² Octavio Paz, *El arco y la lira*, México, FCE, 1972, p. 141.

³ Raymundo Ramos, *Deíctico de poesía religiosa mexicana*, México, Lumen, 2003, p. 279.

Deíctico de poesía religiosa mexicana, editada por Lumen México. Ahí están los mejores poemas religiosos de nuestro país, no me cabe la menor duda, pero aún aquí, en este espacio sagrado para un literato, encontré más al historiador, al estudioso que al creyente. Tuve entonces, que armarme de valor y preguntarle directamente si creía o no en Dios. Me contestó: “Hay quienes parten de la idea de Dios como una gran certeza en su vida, y otros que, por el contrario, al no tener esta certeza, al estar llenos de dudas, lo andan buscando, no como un punto de partida, sino como punto de llegada”. Fue ahí, en ese preciso momento, cuando encajó otra de las piezas definitivas en mi entendimiento y me seguí de frente, buscando abiertamente lo que antes hacía de una forma casi clandestina y me di a la tarea de emprender mi propia y particular búsqueda.

LA BÚSQUEDA

Y andaré por camino anchuroso
porque voy buscando tus preceptos.

Sal 119, 45.

A partir de ese momento empecé mi búsqueda abierta y personal de Dios. Retomé las enseñanzas de la abuela, que a la manera platónica me enseñó que lo primero son las ideas, que “pensar es crear”. Después de muchas lecturas, de darle un espacio propio al pensamiento mágico, de leer autores recomendados por mi madre, como Eliade o Jung; de leer a los rusos, a los franceses, a los latinoamericanos, de indagar por todas partes, decidí que debía inscribirme en alguna tradición, que no podía seguir picando en todos lados. Tenía que estar dentro de un, por así decirlo, discurso satisfactorio y coheren-

te; tenía que buscar los códigos, las señales claras para interpretarlas y no caer en un sincretismo o en una anarquía que me distrajera de mi deseo más ferviente: mi encuentro con Dios.

Empecé por lo más elemental, lo que para los educados en la fe católica resulta más fácil decodificar, esos elementos, esos símbolos propios del lenguaje judeocristiano, de la preponderancia del mundo occidental.

Cada descubrimiento era un nuevo aprendizaje: que si los sacramentos, que si los mandamientos, que si los votos, que si los pecados capitales y las virtudes. Había en todo aquello un gusto por lo nuevo, por acercarme a un idioma que no estaba viciado o prejuiciado y, sobre todo, algo fresco y distinto.

En un principio me ganaba la curiosidad intelectual, pero al paso del tiempo se volvió realmente una necesidad vital, una imperiosa necesidad de “entender” con los ojos del alma, con el corazón en la mano. ¿Qué sentido tenía adquirir la fe? ¿Cómo podría ser digna y cómo podría seguir sola este camino sin ninguna guía, sin estar en la Iglesia como institución formal y, más que nada, si esto era válido o no lo era? Lo único que fue constante fue la palabra, la palabra como revelación divina.

Volviendo a la filósofa María Zambrano, fue a través de su lectura como encontré la primera premisa fundamental, el *logos* de los griegos, que significa palabra, razón y creación, el *logos* donde está lo dicho, donde está la esencia del ser y, sobre todo, donde está mi refugio, mi conciliación y la respuesta a mis angustias existenciales. Otra vez la poesía, como acto creador, me llevó de la mano a despejar mis dudas.

Fue en la lectura de otro filósofo, Heidegger, donde vi con cierta claridad que la palabra nos daba la posibilidad de hablar, de decir. Implica el poder hablar y comunicarse con

los “otros”, dialogar, que el poder de la palabra nos lleva a oír y a ser escuchados, nos lleva al origen, como también la palabra encarnada nos lleva hacia el Ser superior y hacia un monólogo.

La palabra es la fórmula mágica, el lenguaje, el instrumento cultural por excelencia que nos permite hacernos la pregunta fundamental y fundacional del ser humano: ¿quién soy? Pero sabemos que en el puro ámbito filosófico, a veces, esta disciplina en lugar de dar respuestas nos deja más dudas, por eso había que seguir el camino que ya había iniciado, el de la intuición poética, el de la posible mística que me llevaría más rápido al encuentro tan anhelado.

A través de la palabra, de la poesía, de la mística, que aun en lo no dicho o en lo inefable, en lo invisible o metafísico este camino tomaba rumbo y sentido para mi vida, y entonces “comprendí”, más allá del propio entendimiento, que lo mío no era sólo vivir de la palabra desde lo profesional como un oficio humano, sino que para mí la palabra era un camino en sí misma, un camino para llegar a lo más sagrado, y que si seguía las pistas, las constantes señales, lo lograría algún día.

Abandoné entonces la soberbia y me percaté de que sí quería entregarme a un solo y único lenguaje de lo sagrado y que ese lenguaje estaba en las formas acuñadas por el cristianismo. Por lo menos en el credo inicial, en su lenguaje y en sus formas pastorales, a pesar de mi gran ignorancia y poco conocimiento de la fe.

Y emprendí el viaje sin retorno. Aquí es donde me siento acogida, donde mi asombro y azoro cobra vida, aquí Sor Juana y Santa Teresa son la inspiración y el aliciente, más allá de la lección escolar. Busco la identificación y la hermandad. Más allá de la institución eclesiástica, de su administración y sus protocolos, de los ministerios, he querido someterme a un solo credo, al que quiero pertenecer a pesar de mi origen

un tanto laico. He querido compenetrarme en la semántica de Cristo y darme a su llamado de forma libre y espontánea.

Al no tener acceso al catecismo, al no ser bautizada ni haber participado de ninguno de los sacramentos, parecería una locura querer adentrarme en un dogma, pero, a pesar de no haber recibido ninguno de los servicios pastorales, siempre hubo en mí una especie de vocación que en algún momento callé, en otro momento distraje, pero que en la madurez no pude sino escuchar. Oí mi voz interior e hice caso de tan claras y evidentes señales que me llevaron de la mano a ese llamado del que muchos hablan, el llamado de la fe.

LA LLAMADA

Ordéname que vaya a ti
sobre las aguas. Y Cristo responde: ven.

Mc 2,14.

Después de darle tantas vueltas al asunto, después de quebrarme la cabeza analizando y cuestionando mi fe, supe que, lo mío era un llamado, es decir, que mi voluntad era secundaria y que más me valía hacer caso de todos los elementos que la vida me fue dando en estos años, para encontrar ese sentido que me hacía falta, para quitarme esa angustia que tanto me laceraba y poder, finalmente, escuchar esa voz interior que me llamaba constantemente. Es esa voz que te hace seguir un derrotero específico, guiada por la intuición y no por la razón, es una inteligencia superior que te orienta, que pone las cosas a tu alcance para que no te desvíes. Y, a pesar de que este "llamado" nunca dejó de estar ahí, muchas veces estuve sorda y otras tantas ciega a las señales que hoy son ya muy claras.

Primero eran revelaciones de tipo sobrenatural, en las que tenía visiones, anticipos de hechos que me permitían dominar muchas cosas, a diferencia de los demás. También presencié varios milagros alrededor de mi familia y amigos. Tuve la certeza de estar cerca de verdaderos ángeles custodiando mi vida en momentos cruciales. Ahuyenté a demonios y creencias que nos hacían daño, me acerqué a imágenes y a personas que, por el contrario, iluminaban todo a mi paso.

Llegaron a mi vida la virgen en llamas del Santuario de Ocotlán en Tlaxcala y san Antonio de Padua, que en todo momento y en toda petición, en toda plenitud y en toda carencia, me asistieron. A mi casa llegó también una enorme cruz, una obra artística realizada en vidrio, como un vitral monumental que, por un lado, representa la crucifixión, y por otro, la ascensión. Desde luego que no la busqué, pero ahora me doy cuenta de que si las cosas son para ti, simplemente llegan y se acomodan. Lo importante es saber leer el significado profundo, su simbología y el mensaje que quieren comunicar. Mi abuela Carmen tenía poco de haber muerto, y haber aceptado la cruz en mi casa y hacer una pequeña capilla personal fue para recordarla, pero también para conciliar mi credo, para recordar todo el tiempo que Cristo vino al mundo a darnos un ejemplo, y que si lo aceptaba en mi corazón ya estaba participando de su fe, de su dolor y de ese destino que lleva a la religión, es decir, a re-ligarte con el Ser superior.

EL ENCUENTRO

Dios puso en nuestros labios
la palabra de la reconciliación.

2. Cor 5,19.

¿Cómo imaginarse el encuentro con Dios? ¿Sabría identificar ese momento, sería único, especial, distinto? Realmente no lo sé, lo que sí creo saber es que el camino más directo hacia Él es el dolor. El dolor redime, y cuando, como vulgarmente se dice, “tocas fondo”, vas encontrando humildemente esa significación especial que te permite reconocer tus errores, quitarte la máscara y cerrar un poco los ojos al mundo.

Si bien es cierto que Dios nos dio la palabra precisamente para reconciliarnos con ese mundo que nos asedia, nos pone tentaciones o nos enajena, antes de reconciliarme tuve primero que retraerme, contraerme y alejarme de ese mundo, aunque a la postre haya que llegar a él y enfrentarlo, reconocer que hay que traducirlo en sociedades concretas que nos esperan, que nos aguardan en el diálogo y la comunicación mientras estemos en esta existencia. Pero para hacer todo eso, primero debemos recuperar el verbo, la palabra encarnada en un nuevo discurso de amor y reconciliación; debemos concentrarnos más allá de esa caverna de la que hablaba Platón, debemos sanarnos, de alguna u otra manera.

Y una vez más la palabra brotó como manantial que me vivificaba: fue en la escritura, en la forma en la que me despojé de “lo literario”, de todo lo aprendido, en el modo en que desanduve un camino fácil, abandoné la comodidad y dejé de repetirme a mí misma, donde encontré la ruptura de mis paradigmas para darme cuenta de lo más sencillo: que Dios estaba en mí, esperando que lo identificara, sin adornos, sin

soberbias, de la manera más sencilla y honesta; expresando todo lo que siento y pienso, sin prejuicios ni artificios.

Y así, una vez más lo encontré a través de la palabra, de la poesía; en pequeños momentos de felicidad lo encontré, en instantes místicos lo encontré, en pequeños indicios lo encontré, en lo inefable, en todo lo que escribí dejándome guiar, estaba la palabra divina, que llega a mí prestada para intentar aliviar el dolor, para alabar a Dios, para buscar paz y buscar lo justo.

Llega a mí y llega a ti con un propósito, por eso la palabra no es tuya; eres tan solo el emisario que viene a dar las buenas nuevas. Y ahí estoy, frente a una experiencia que quizá me permita encontrar en el lenguaje judeocristiano el lenguaje universal, la piedad y la misericordia, que me permita ser auténtica y que, ojalá, sea como dicen las Escrituras: que a los discípulos de Cristo se les ha regalado la comunidad con la cruz mediante la llamada al seguimiento. En esta comunidad visible son bienaventurados.

LA CONFESIÓN

Cuando exhorto a la confesión, lo único que hago es exhortar a ser cristiano.

Lutero

Desafortunadamente, cualquiera que conozca mi caso pensará que no puedo tener acceso a una conversión del mundo pagano a la religión católica porque no logro reunir los requisitos. Ni siquiera estoy bautizada.

Dicen los que saben que para que el pecador forme parte de la Iglesia, debe ser exhortado y castigado para que no se condene ni haga mal uso del Evangelio, y que por eso sólo

puede recibir la gracia del bautismo el que hace penitencia y confiesa su fe en Jesucristo.

Del mismo modo, sólo puede recibir la gracia de la eucaristía el que sabe discernir entre el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, dados por el perdón de los pecados.

También dicen que se debe hacer un examen en materia de fe y una confesión, mediante la cual el aspirante busca ser perdonado. Todo esto para mí es muy difícil, pues a pesar de saber a ciencia cierta que he cometido infinidad de errores y malos actos, no tengo introyectado en mí el concepto de pecado. Confieso, entonces, que quizá sólo sea un problema de lenguaje. Así llego a una gran contradicción; por una parte confieso haber sido seducida por el lenguaje del cristianismo, que he quedado arrobada por la carga simbólica que conlleva y que representa el universo de una filosofía moral que permite al ser humano, entre otras cosas, convivir en el mundo y tener acceso al otro mundo, al espiritual e inmaterial.

Admito que en mi confusión hay un anhelo por llegar hasta el final, que —como diría Manuel Gálvez— me acoge un “mal metafísico”; que mi nostalgia y gusto romántico por lo sagrado me ha llevado a mi deseo, cada vez más fuerte, de querer convertirme, ser católica y pertenecer, como si al no sentir esta pertenencia estuviera en una posición de extranjera, ajena a mí misma.

Confieso que esta necesidad de pertenencia primero fue el deseo de ser como los demás, de integrarme y, camaleónicamente, involucrarme en el contexto social al que creía pertenecer. Después quise entrar en distintos círculos, de iniciados, de artistas, de filósofos, en fin, hasta que me di cuenta de que lo único que importa es la integración con uno mismo y con la divinidad; más allá de la persona y de la máscara, más allá del espejo y la historia de vida.

Fue así como decidí que sería en la Biblia y la tradición cultural occidental donde buscaría las respuestas, que era lo que más entendía en términos de un lenguaje común, pero no sé si esto sea suficiente, no sé si siga siendo sólo una pagana con aspiraciones extrañas y fantasiosas.

Lejos de las formas litúrgicas del “confesionario”, María Zambrano define muy bien la confesión, esa desesperación de sí mismo, huida de sí en espera de hallarse: “Desesperación por sentirse obscuro e incompleto y afán de encontrar la unidad. Esperanza de encontrar esa unidad que hace salir de sí buscando algo que lo recoja, algo donde reconocerse, donde encontrarse. Por eso la confesión supone una esperanza: la de algo más allá de la vida individual, algo así como la creencia”.⁴

Otra cita obligada en este tema son las palabras de San Agustín, quien decía que el hombre es el único ser que no está conforme con su realidad. Nos sentimos como seres desprendidos, a medio nacer y a medio encajar en una realidad presentida que buscamos. Ese presentir, esa melancolía de la que han hablado muchos teólogos y filósofos, es ese llamado a la unidad que yo he sentido. La confesión es, entonces, el primer paso hacia sí mismo, decirse a uno mismo, a una misma, que hay esta enorme necesidad de superar un dolor del alma, una ansiedad por encontrar la paz anhelada, un poder encontrar la transformación interior a partir de un examen de conciencia, pero como todo en la vida, cuando no se tiene un método específico, es decir, cuando no se tiene el camino —aunque el camino se hace al andar, como dicen los poetas—, es más difícil identificar el horizonte, el destino del hombre.

⁴ María Zambrano, *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela, 2004, p. 35.

Para mí la literatura y la filosofía se convirtieron en el camino, un camino que encontré por la influencia de mis padres, que a pesar de no haberme dado un dogma específico, me permitieron buscarlo, y dejarme convencer y persuadir por interlocutores tan amados como los libros, en las miles de páginas que precedieron a mi búsqueda existencial.

El lenguaje de las formas artísticas, de los símbolos, de la armonía, lo aprendí de la mirada de mi madre; el lenguaje literario, que a su vez está dentro de otro, el ordinario, ese metalenguaje, la ficción, la metáfora y su sonido musical lo aprendí de mi padre. Vivo así entre los muros de una cultura libresca y ahí, en ese universo de espléndidas madonas como las de Leonardo da Vinci, ahí, en medio de análisis lingüísticos tan doctos de Umberto Eco sobre la comunicación humana, está mi deseo imperante de un lenguaje que reúna todo, que me dé las respuestas exactas a mi sentimientos.

La poesía me llevó de la mano a la filosofía, y ésta, sin escalas, al sentimiento religioso, a la búsqueda de la esencia como lo hizo magistralmente el filósofo alemán Martin Heidegger, quien dice que en el origen de la obra de arte está dado, al concebir la obra de arte como símbolo. Alegoría y símbolo son el marco de referencia de representaciones en las cuales se tipifica el arte, previsto o descrito dentro de un lenguaje, de un discurso que dice, simbólicamente, nuevas y múltiples realidades más allá de sus referencias inmediatas en la realidad histórica.

Lo poético y lo filosófico, temas que me acotan en lo profesional y en la vida, comparten este universo simbólico y preocupaciones muy importantes que han sido inspiración de poetas y artistas, temas de reflexión, como los conceptos de lo divino, lo sagrado, lo profano y lo erótico. Todos estos lenguajes creados por el ser humano son, desde el punto de vista de Heidegger, "figuraciones de la verdad que se expresan

mediante la forma"; en pocas palabras, nos dice que la verdad no sólo es propiedad del conocimiento que se enuncia, sino una propiedad del ser mismo.⁵

En la creación poética y en el sentimiento religioso sucede lo mismo, hay una ausencia y una presencia, silencio previo y expresión de la palabra, una especie de verbo encarnado, una fuerza de la palabra que acerca esta necesidad de enfrentar estos dos procesos "sublimes", a la manera de un espejo: éxtasis y clímax, sentimientos religiosos, eróticos, poéticos y filosóficos. Todo esto es lo que genera la fuerza de la palabra, porque el mundo no es, a decir verdad, un conjunto de cosas, sino de signos, el mundo es en la medida en que se le nombra, como dice Adriana Yáñez: "El poder de la palabra es algo que hemos olvidado, como hemos olvidado también la fuerza de la palabra y la reflexión. La palabra, el lenguaje son mágicos, cambian la realidad".⁶ La palabra religiosa, entonces, es base y fundamento de la realidad misma, y a esa palabra es a la que aspira el poeta y el hombre que busca la fe, que busca detrás de lo banal e insulso, la trascendencia y la plenitud. ¿Será válido acercarse a Dios por estos caminos? ¿En cada artista hay también un posible seguidor de Dios? ¿Por fórmulas distintas, por devociones distintas?

⁵ Martin Heidegger, *Arte y poesía*, México, FCE, 1973, p. 6.

⁶ Adriana Yáñez, *Los románticos: nuestros contemporáneos*, México, Alianza, 1993, p. 17.

EL MILAGRO

Y cuanto más predicaba San Antonio,
más crecía la multitud de peces...

A. Salvini

Entonces San Antonio, viendo en los peces tantas reverencias hacia Dios, su Creador, se alegró en cuerpo y espíritu, y dijo en alta voz: Bendito sea el eterno Dios, que más lo honran los peces que los hombres, y mejor escuchan sus palabras los animales irracionales que los hombres infieles. Y cuanto más predicaba San Antonio, más crecía la multitud de peces, y ninguno se marchaba del lugar que había ocupado.⁷

Ésta es una cita que hace referencia a uno de los miles de milagros que se le atribuyen a San Antonio, a quien —dicho sea de paso— se le canonizó, más que por milagros sobrenaturales, por su capacidad de persuadir con su discurso a los infieles o a los herejes hacia el cristianismo. Fue muy famoso por esa extraordinaria habilidad para convencerlos de que adoptaran la palabra del Evangelio. Su carisma lo llevó a ser, además, muy querido entre la feligresía. Un milagro puede ser, según esta experiencia, desde algo totalmente fuera de este mundo, hasta algo que, dentro de las posibilidades humanas, permita cierta transformación, como lo logró la palabra, la elocuencia de San Antonio. Para mí este santo ha sido una revelación que ha logrado en mi vida el milagro, pues su discurso me ha “convencido y convertido”.

Cuando investigué que mi abuela Carmen era devota de San Antonio, entre otras cosas porque era el santo patrono de su pueblo de origen y porque además salvó a su padre

⁷ Alfonso Salvini, *San Antonio de Padua*, San Pablo, 2001, p. 109.

de morir ejecutado en la Revolución mexicana, la cosa cambió. Fui al diccionario y, efectivamente, un milagro es aquel suceso que ocurre contra las leyes de la naturaleza, de la lógica, y que se realiza por intervención de la divinidad.

Muchas personas, para consolidar su fe, piden un milagro, pero cuando te das cuenta de que ni siquiera andas buscando ese hecho extraordinario y, aun así, ya eres fruto y parte de un milagro, ¿cómo no consolidar tu creencia y tu fe? Asimismo, recupero las palabras de Wittgenstein: “Creer en Dios significa entender la cuestión acerca del sentido de la vida. Creer en Dios significa ver que los hechos del mundo no lo explican todo. Creer en Dios significa ver que la vida tiene un sentido”.⁸ A partir de estas premisas tan sencillas, y de que el ámbito en el que me desenvuelvo es un espacio de naturaleza simbólica —es decir, que trabajo a través de un universo inscrito en un pensamiento prelógico, intuitivo y mágico—, no puedo menos que identificarme con esta atmósfera sagrada.

Al estudiar la literatura fantástica y la literatura romántica descubrí este aspecto insólito que lleva en su raíz la creencia del milagro. Finalmente, lo fantástico está cifrado en aquello extraordinario que rompe con la lógica, con la razón, y que al no haber una respuesta satisfactoria o científica y quedarse en la vacilación o la ambigüedad, se convierte en un hecho fantástico. Cuando esto mismo ocurre, desde el punto de vista de la psicología se le denomina deliro o locura, y en el ámbito religioso, milagro.

El milagro tiene que ver más con una forma de lectura de la realidad que con la desafiante visión de los hechos. Para mí es válido cuando es directamente proporcional a

⁸ Ramón Xirau, *Cinco filósofos y lo sagrado*, México, Colmex, 1999, p. 74.

tu fe y tu confianza. Buscado o no, con mi aceptación, con mi deseo ferviente ¿puedo validar un milagro? Tantas preguntas quedan en el aire que, en lugar de desanimarme, me comprometen más; me dan deseos de buscar cierta purificación que me permita desaprender vicios y prejuicios y adquirir y valorar tantas virtudes no consideradas en mi formación ética.

Ser devota de San Antonio me reivindica y me redime, me da destino, pues, como él, la persuasión y la elocuencia son al mismo tiempo el fin y el medio de mi vida. Mi escritura, entonces, tendrá un doble propósito, el de la búsqueda de la belleza y la sanación. No sé si lo lograré, pero la intencionalidad, la religiosidad con que lo haga, valdrá doblemente la pena.

Si lo sagrado, definido por Rudolf Otto, es un misterio tremendo que produce estupor al ser impenetrable por la razón, la actitud religiosa será imposible de reducir al pensamiento racional o lógico. De alguna manera, responde a la actitud literaria, sobre todo cuando intenta recrear este universo misterioso donde se acerca a las mismas búsquedas de un ser religioso, es decir, es susceptible de empujar a la esfera del sentimiento, de la experiencia del "Dios sensible al corazón", como decía Pascal, el misterio que atemoriza lo mismo que fascina.

La cercanía de lo sagrado hace temblar, estremecer al hombre, pero al mismo tiempo lo atrae, lo seduce y lo cautiva. Cualesquiera de estos sentimientos son motivaciones creativas y desarrolladas de diferente manera; mientras que el religioso establece una especie de comunión en función de una sustancia divina, el artista pretende elaborar una comunión con las formas del lenguaje.

Así como los sentimientos promovidos por el miedo, lo intocable (tabú), lo que en un momento determinado podría

desencadenar los más terribles males, también lo desconocido o inexplicable causa efectos parecidos en quienes emprenden una búsqueda estética o mística. Estos sentimientos provocados por hechicería, fantasmas o incluso por milagros, motivaron expresiones artísticas, fantásticas o románticas, pero mientras la religión pretende ceder a un ser superior o a una causa última los efectos de su extrañeza, la literatura —especialmente la fantástica— se limita a desconcertar y a dejar una posible respuesta al lector, haciendo que éste participe de un hecho con matices religiosos en un contexto profano.

Podemos decir, entonces, que los elementos de tipo simbólico son ingredientes que contribuyen a la búsqueda de los orígenes profanos, en el caso del arte y la literatura, y de los orígenes de lo sagrado cuando se trata de religión o creencia.

Finalmente, vemos cómo la necesidad de expresar un culto permitió, desde tiempos muy remotos, conciliar religión y literatura; baste recordar las escrituras sagradas, como la Biblia, el Corán, el Tao-Te-King.

Para mí, en este proceso, el camino hacia la divinidad procede de una cultura libresca, de la literatura y del arte; sin embargo, no fue sino el camino de la intuición, de la guía mágica, el que me permitió identificar que no todo estaba dicho en el discurso racional, que no todo lo puede la ciencia, que el ser humano es un ser integral que depende de todos los aspectos y que el espiritual es tan importante como cualquier otro. Hay que vivir bajo la conciencia de un ser superior al hombre, dejar de ser tan antropocéntricos, ver un poco más allá de la creación humana y darle el beneficio de la duda a la propia naturaleza y a la gran creación divina, que es y seguirá siendo un misterio.

EPÍLOGO

Después de tanto tiempo en esta búsqueda personal y un tanto confusa, después de caminar mi pequeño viacrucis —si es que así se le puede llamar—, he sacado en claro varios puntos. Por un lado, agradezco mi destino, lo que he sido y cómo ha sido, porque éstas y no otras son las condiciones que mi historia ha tenido y que he podido enfrentar para ser quien soy. Esto, a su vez, me da una sana resignación para no especular con lo que pudo haber sido y no fue. Celebro a mis ancestros y mi origen, en la medida de mi aceptación individual. Asimismo, acepto que los senderos de mi búsqueda son así, diferentes y particulares, que no me hacen ni mejor ni peor que otros, sólo distinta. Acepto que mi deseo de encontrar a Dios viene de la mano de una gran vocación que encontré muy temprano en mi vida, que es una bendición: comunicarme mediante la palabra y con el hilar fino y el doble filo de la metáfora, que es toda una responsabilidad, más allá de la vanagloria de los hombres y su sociedad, una responsabilidad de índole sagrada y que, de aquí en adelante, tendré más cuidado al ejercerla. Acepto que una misión de este tipo trae consigo un peso que modifica mis conceptos: de vida, del mundo, del arte y de la poesía.

En relación con mi conversión, quizá no baste mi voluntad, quizás aún no esté preparada, pero cuando escuché el llamado a las mujeres católicas de mi país, quise ordenar estos pensamientos que, sin llegar a atormentarme, me han ocupado y que en la madurez requieren de estas posibles respuestas que yacían latentes dentro de mí.

Debatirse entre lo sagrado y lo profano no es novedad para nadie, ni querer ser parte de una comunidad eclesial —no sé cómo adjetivarlo—, pero en todo caso eso no es lo importante. Tal vez por eso no puedo contestar a la pregunta:

¿por qué seguir siendo católica? Pero quiero pensar en voz alta y compartir mi sentir al respecto, como mujer librepensadora. Claro que no estoy de acuerdo con esa visión que se ha tenido de la mujer dentro de las leyes y normas de la Iglesia católica. Tal vez entiendo el proceso histórico y las razones de poder y control por las que se instala el patriarcado y el pensamiento occidental preponderante, pero frente a ese monstruo que significa recodificar la línea vertical y autoritaria que, sin duda, representa el papado y su jerarquización masculina, deseo compartir esta última reflexión.

Así, de manera libre y quizá romántica, pienso que, al igual que Platón en un momento determinado despreció a los poetas y los desterró de su República, no lo hizo precisamente porque los descalificara del todo, sino porque, en el fondo, les tenía miedo; temía que con su sabiduría mágica y poética, con la fuerza de la palabra y su poder, desorganizaran su universo. Es decir, a los poetas se les relega, no porque no valgan, sino porque representan un poder al que no se le puede contener en una organización manipuladora del mundo. De igual manera, me parece que en el ámbito de la religión católica y cristiana, la mujer ocupa el papel de los poetas en Platón, esto es, es tal el poder de la mujer en la creación de la naturaleza, que en una organización manipuladora y poderosa como la estructura de esta Iglesia, toda la fuerza femenina, su naturaleza, su intuición, formas y maneras de enfrentar la vida, de darla, de concebirla y de vivirla, rebasa toda organización política, social y religiosa. Esto, por supuesto, no es para justificar una injusticia, sino para describirla. Baste recordar en la historia de las cosmogonías, de las mitologías, que el espíritu femenino está plenamente identificado con la luna y todos sus poderes, y que detrás de la representación simbólica de la Virgen María está, por ejemplo, la diosa Isis, o las diosas griegas y romanas,

que significan todo lo relacionado con la fertilidad y, por supuesto, con la sabiduría.

Robert Graves, en *La diosa blanca*, afirma al final de su largo estudio sobre el carácter simbólico de la mujer que: “el real poeta distingue entre la diosa como se manifiesta en el poder supremo, la gloria, la sabiduría y el amor de la mujer, y la mujer individual de la que la diosa puede hacer su instrumento”.⁹

Se preguntarán, entonces, por qué una mujer que nació libre quiere ser católica. Tal vez porque la palabra católico implica lo universal, integrarse a esa totalidad, a ese lenguaje común que ha permitido, más allá de la torre de Babel de los idiomas, entrar en cierta comunión a buena parte de la humanidad. Cómo ya expliqué, hay en mí un llamado y una vocación que deseo se convierta en devoción y regresar a las primeras especulaciones de mi juventud, cuando pensaba con gran fuerza y convicción que el ser espiritual que habita en las personas, el alma misma de los seres, es asexual o neutro, por llamarlo de alguna manera; que la lucha de género nos pertenece a todos en la sociedad y en un contexto histórico específico; que debemos defender los derechos humanos, y en particular los de las mujeres, pues la historia nos debe muchos de ellos. Pero en el campo de la espiritualidad son otros los aspectos que entran en juego.

Creo que la vida religiosa de cada persona es lo más íntimo y que no deberíamos abrirla a cualquiera, porque precisamente esta acción de religarse con Dios es individual, indivisible, intransferible, y es una de las experiencias más reservadas. Por esa razón, andar “evangelizando” a las personas no es del todo correcto. Cada quien, tarde o temprano,

⁹ Robert Graves, *La diosa blanca. Historia comparada del mito poético*, Buenos Aires, Losada, 1970, pp. 639-640.

encuentra las puertas de acceso a esa intimidad sagrada y trascendente. Esto no quiere decir que tengamos una especie de ambigüedad o doble cara. Para mí queda muy claro que uno es el ámbito de lo público y otro el de lo privado. En el primero debemos pugnar por una actitud ética, por el bien común, por lo social y por lo colectivo; y en lo privado, buscar individualmente, sí así lo desea cada quien, a ese Ser superior que no tiene cabida ni siquiera en lo psicológico, que está más allá del ego personal, que se debe a una vida totalmente impersonal que únicamente se establece en el ámbito sagrado y religioso, y que ahora trato de compartir, muy a mi pesar, pues es como desnudar el alma hasta lo más profundo. Y únicamente por esta ocasión abro mi corazón, dejando a un lado los temores y mi sentir vulnerable, para mostrarme tal cual soy, sin ningún disfraz y, sobre todo, sin ninguna careta intelectual.

Una cosa son las reglas de la Iglesia católica apostólica y romana, y otra cosa la posibilidad de compartir la “oferta” de su fe, una fe que se ha metido en los huesos de nuestra sociedad, de nuestra vida, por dos mil años, luego de codificar y recodificar una serie de símbolos que nos marcan, que llevamos en la piel como un tatuaje difícilmente borrable, un flagelo que marca a quienes están dentro, a partir de su tradición, y un estigma para quienes están fuera.

De alguna manera, hay quienes nacen con la certidumbre de que Dios sí existe; otros, que aún así, lo negaron diciendo que ha muerto, y otros, casi la mayoría, que lo andan buscando. Entre estos últimos me inscribo y sólo me atrevo a compartir parte de este rumbo, de esta ruta con ciertos tramos iluminados, como lo es una vida, una historia como la mía, y a lo mejor en estos versos expreso con mayor claridad mi sentir:

Yo Soy

En el temple de mi corazón
habita un Yo dormido
es impersonal pero no ausente
está en mí aunque yo en Él no pueda estar aún

Yo Soy desde la otra orilla
y no importa nombre ni identidad
sólo la casa del Ser
en el verbo encarnado

La palabra: el origen y el pozo
memoria universal
que no es historia
que no me pertenece
única y total
El Uno y el Todo en el que me confundo
no es un tiempo
mucho menos la nada en el vacío
es por el contrario
lo que Soy y lo que poseo
el siempre frente al nunca
más allá del horizonte
la otra existencia
más allá de la célula que persiste

Yo-arena predecible
en mí, Dios
la vida verdadera
que se conjuga de otra manera
en los estigmas de la carne
en la herida que se recuerda

Más allá de ti y de mí
Yo Soy cuando soy luz
cuando soy un continente sin límites
y el mar es tierra
y el diluvio la desesperación de las estrellas.